

más que pedir las y esperarlas. Uno, entre los muchos y largos días de las tratativas inútiles, María Eugenia Vaz Ferreira me dijo que estaba dudando entre dos títulos: *¿Las islas de oro o Mármol y fuego?*

—*¿Las islas de oro?*, le pregunté. *Las lunas de oro, Las montañas del oro*; es mucho oro para el Río de la Plata.

—¡A la verdad!, repuso ella, riéndose, como siempre, con sus carcajadas estrepitosas y rápidas.

Dicen que se inclinó después al otro título; pero el libro no se hizo nunca.

*¿Mármol y fuego?* Todos los comentadores de su obra han hallado, como Dios cuando en el paraíso Adán llamaba a las aves del cielo y a las bestias de la tierra con las palabras que debían designarlas, que la poetisa estuvo feliz en esa elección del nombre. Todos han opinado que el mármol simboliza la pulcritud noble de una labor perfecta, y el fuego la pasión entusiasta y sublime. Para ellos María Eugenia Vaz Ferreira ha sido una parnasiana sobresaliente. Hay quien ha dicho que no tuvo la frialdad impasible de la escuela, y quien ha dicho que la escuela no fué impasible ni fría, sino vívida y ardorosa, pero dominada por el celo de una forma serena de perfección insuperable, como la poetisa.

Confieso que no me gusta el título *Mármol y fuego* y que no sé ver en María Eugenia Vaz Ferreira, nada, nada absolutamente, del parnasianismo. El título *Mármol y fuego* me parece artificial: él une, pero no asocia, no compenetra sus dos elementos dispares; da el mármol y el fuego separados y es incapaz de sugerir una imagen activa de emoción y pensamiento en que ellos se fundan. Pienso, por contraste, en aquel símbolo maravilloso con que D'Annunzio representaba el espíritu lúcido y sensual de Venecia con una llama ardiente en la frescura del agua.